

# Pedro Pujante

## EL ABSURDO FIN DE LA REALIDAD

Obra ganadora del  
I Premio 451 de Novela de Ciencia Ficción



Colección 2099  
EDICIONES IRREVERENTES

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © Pedro Pujante

De la edición © Ediciones Irreverentes S.L.

De la imagen de portada © Rolffimages - Fotolia

Noviembre de 2013

<http://www.edicionesirreverentes.com/2099/cifi.html>

ISBN: 978-84-15353-80-5

Depósito legal: M-24232-2013

Diseño de la colección: Absurda Fábula

Imprime: Cimapress

Impreso en España.

## PRÓLOGO

Mi conocimiento de Pedro Pujante como autor de ciencia ficción comienza con la lectura de su relato «233° Celsius», en la antología *2099*, en la que Pujante comparte cartel con autores como Ray Bradbury, Philip K. Dick, Arthur C. Clarke, Stephen Baxter, Aleksandr Beliaev, Kir Bulychiov, Jules Verne, Edward Page Mitchell, Eduardo Vaquerizo y Carlos Sáiz Cidoncha. Fue elegido entre varios cientos de escritores de 14 países. Sin duda, un fantástico comienzo.

Tuve un segundo contacto con sus textos de ciencia ficción gracias al relato «Cruzarás la Tierra», en la antología *2099-b*, en la que comparte páginas con lo más selecto de los autores hispanos de ciencia ficción, como Elia Barceló, Miquel Barceló, Eduardo Vaquerizo y nuestro Oscar de Hollywood, José Luis Garcí.

Y mi tercer encuentro con su obra de ciencia ficción tiene lugar siendo presidente del jurado del Primer Premio 451 de Novela de Ciencia Ficción, cuando tuve entre las manos este libro, que finalmente, sería ganador: *El absurdo fin de la realidad*, una obra metaliteraria, irónica, y que —para mí— es en cierta forma heredera del genial Luis García Berlanga, porque su pueblo recuerda a ese Calabuch al que huye el científico atómico, pero también a ese pueblo que espera la ayuda económica yanqui y que sueña con la llegada del extranjero con poderes casi sobrehumanos.

Pujante cuenta la inminente llegada de un ovni a un pueblo mediterráneo y la preparación de sus habitantes para recibir a los visitantes alienígenas. El narrador nos muestra, con grandes

dosis de sarcasmo, cómo prepara un discurso de bienvenida para los extraterrestres, salpicando anécdotas, reflexiones sobre literatura, filosofía o cine, humor, necrofilia romántica y chascarrillos vecinales a partes iguales. Pero a medida que el día de la llegada del platillo se acerca las cosas se complican. Fenómenos extraños comienzan a ocurrir en el pueblo: saltos en el tiempo, aparición de misteriosas puertas que comunican con otras dimensiones, visiones estrambóticas y un final delirante e inesperado que dará un giro a toda la novela hasta convencernos de que la realidad no es más que un espejismo, un teatro del absurdo. ¿Una sátira de *Bienvenido, Mister Marshall* en la España de un futuro probable que sigue siendo la misma de siempre? Algo de ello hay. Metaliteratura con Camus, Dostoievski, Kafka, Quentin Tarantino, Keats, Coleridge, Shelley, Byron y muchos más genios de la pluma que conforman el universo paranoico de nuestro protagonista y que penetran en ese espacio extraño entre la realidad cotidiana, la mente del protagonista y el abismo del que se espera la salvación al propio aburrimiento.

Pujante se muestra diestro en la ironía y contrasta la tediosa vida provinciana, con sus intelectuales de Casino, tedio y provincianismo, su populacho ágrafo, cervecero y agitado, con la esperanza de una vida mejor, más divertida, más excitante, que sólo puede venir del cielo; aunque sea arriesgado, pero mejor poner en peligro la propia vida que seguir en la modorra cotidiana.

Es ciencia ficción, y también una metáfora de un mundo que es el mejor de los mundos posibles, pero que decepciona por la monotonía cotidiana.

MIGUEL ÁNGEL DE RUS

*A Raquel, otra vez*



*Tienes que saber cómo aceptar el rechazo y cómo rechazar la aceptación.*

RAY BRADBURY

Me enteré ayer, o quizá hoy, de que ¡Llegan los extraterrestres a mi pueblo! Ese es el motivo principal para que me sienta colmado de felicidad. Me impele un deseo enorme de llenar mi vacua existencia con experiencias de otras existencias menos grises y opacas. Y debido a esa débil, aunque para mí suficiente, razón, he decidido participar activamente en la gloriosa fiesta de bienvenida que organiza el Ayuntamiento de Orentes en honor a la Nave espacial.

El 12 de julio nos llegó la carta de la Nasa a través de la cual nos comunicaban el trascendental evento. Una visita desde otra galaxia. No era la primera visita extraterrestre al país pero sí a nuestro pueblo. Y yo tenía la esperanza de que aquella fabulosa nave interplanetaria arrojase luz sobre mi extraña y escamoteada existencia. Una existencia plomiza y mediocre salpicada de oscuros eventos y desagradables situaciones que no vienen al caso. Pero lo diré: me siento un extraño entre los orentenses. Un extranjero, como Meursault, el personaje célebre de Camus que nos aturdió a todos con esa primera frase: «*Hoy, mamá ha muerto. O tal vez ayer, no sé.*» Uno no sabe si está ante un insensible o un loco. En definitiva, atisbamos la presencia inquebrantable de un ser extraño. Un extranjero que incluso la patria más cercana que es la familia, la madre, no le despierta el más mínimo sentimiento. Mi madre adoptiva (no conozco a la biológica) no ha muerto, pero

igualmente me identifico con *El Extranjero* de Camus. Porque quizá no es que no extrañe a su madre. Quizá sólo se ha perdido en los recovecos indescifrables del tiempo mental y sentimental y no sabe discernir si el fallecimiento de su mamá ocurrió hoy o ayer. En su mapa de emociones hay caos. No importa. Lo que sí importa es el comienzo de este libro que nos muestra un abismo de incertidumbre. Y por eso he decidido empezar yo mi narración de este modo tan especial. Confesaré, pues, que me enteré ayer de que llegaban los extraterrestres. Pero bastante tarde ya, casi hoy.



*Todos los hombres tienen vecinos a los que desean  
eliminar de sus vidas. Tú eres uno de ellos.*

ANÓNIMO

Mis vecinos de Orentes habían comenzado a darme de lado hacía ya varios años; en el pueblo me consideran un extraño *camusiano* muy a mi pesar. Mi relación con las gentes de Orentes se ha ido deteriorando de manera inexorable con el paso del tiempo. Pero ningún pormenor se interpuso en mi inquebrantable decisión de recibir personalmente a los visitantes. Así que hablé con el alcalde y le expuse mis pretensiones y deseos de preparar el discurso de bienvenida. Lo comprendió al instante. Sólo lloré un poco aludiendo a mi condición de huérfano universal, de alma atormentada por los designios del destino. Le hablé largamente, pero con tacto, de los avatares a los que un ser como yo era sometido en una tierra yema como Orentes. Le hablé de los personajes angustiados de Baroja y Dostoievski haciendo comparaciones con mi propia persona. Lloré un poco más y al final, sin demasiados titubeos, me concedió tácitamente el honor de escribir el discurso de bienvenida. Todos los escritores del Casino, unos siete incluyéndome a mí, asistiremos al evento, realizaremos tertulias, mesas redondas y algunos redactarán panfletos literarios con motivo de la visita pacífica de los recién llegados. Una semana repleta de emotivos actos. Yo redactaré y leeré el discurso de bienvenida. Por supuesto no pienso tomar en cuenta las miles de estúpidas películas norteamericanas en

las que cuando llegan los marcianos se les aguarda, muy protocolaria y formalmente, como si fuesen embajadores de un país extranjero en misión diplomática. No. Yo pienso más en una especie de intercambio cultural. Como si viniesen a conocernos los poetas, los pintores y los científicos de otro mundo exótico y fascinante. No los cónsules ni los dirigentes. Es una idea más pintoresca la mía pero, ¿no es Orentes un pintoresco lugar?

*Afortunadamente la incongruencia del mundo es de índole cuantitativa.*

FRANZ KAFKA

Aunque la densidad de población en Orentes es muy baja, en estos días previos a la Gran Llegada esto parece un hormiguero que ultimase la venida del invierno. Hay miles de visitantes, la mayoría extranjeros, que se han establecido en los terrenos de los alrededores y en los huertos colindantes al núcleo urbano. Una suerte de extensión humana, apéndices, tentáculos, prolongaciones burbujeantes de hileras de hombres y mujeres que pivotan en series irreales e imprecisas por las inmediaciones del pueblo. Como una especie de «realidad aumentada» a tamaño real. Por supuesto, la pensión no tiene capacidad suficiente para absorber tal cantidad de turistas, así que los forasteros y curiosos se han dispuesto en tiendas de campaña alrededor de Orentes. Hay cientos de campamentos de telas de todos los colores. Parece la llegada del circo, en paz descanse. Y también se observan caravanas y vehículos para mí desconocidos con matrículas inverosímiles. Creo haber visto una camioneta de Isla de Pascua. Siento que la soledad deseada del hombre rural ha sido descompuesta por la urgencia de la primicia ufológica. Saber que incluso mi casa aparece en fotos de Facebook junto a la noticia de «Los extraterrestres están llegando» me produce una mezcla de emoción, terror, nerviosismo, irrealdad y escepticismo.

Yo no sé dónde nací exactamente, ni me siento cómodo con mi envoltura humana. Es posible que no sea extraterrestre,

es difícil saberlo, pero no es una idea descabellada. Cualquiera elige hoy día su nacionalidad. O su sexo. Su color de pelo, su talla de sujetador o su marca de champú. Y yo quisiera ser de algún lugar remoto. No sé, Saturno estaría bien. Y poder mirar a mi derredor y comprobar que a este pueblo le faltan unos anillos majestuosos que lo conviertan en mi hogar. La mirada extraña que me regala un mundo extraño. Sentirme extraño. Como cuando Gregor Samsa oteaba a través de la ventana de su dormitorio y no reconocía la calle en la que había vivido toda su vida. La transformación, por supuesto, comenzaba desde adentro. Y mi deseo de ser otro es una flecha capaz de destronar el imperio de la carne y la materia, asumir la forma de la luz y arrastrar la realidad hacia su propia recreación. No estoy seguro. Quizá sólo ansíe volatizar mi ser, dejar de ser un extraño actor sin guión en este patético pueblo sin idiosincrasia. Dudas y más dudas.

*Con tu permiso me voy a casa, a tener un ataque al corazón.*

VINCENT VEGA

Todos dicen que soy humano, demasiado humano, un clon de Quentin Tarantino. No sé cómo es el rostro del señor Tarantino pero tampoco me importa. Mi madre adoptiva, que me encontró a la edad de siete años recitando poemas de Keats en perfecto inglés junto a la margen derecha del Río Joma, cerca de la Salina, cree que soy la pura estampa de Francisco Umbral, un escritor al que he llegado a admirar y a odiar a partes iguales. Será porque jamás lo he leído. Esa inusual forma de aparecer yo en la historia de Orentes ha conformado en sus gentes una visión de mi persona, a la vez caricaturesca, pícara y anómala. Si hubiese recitado a algún autor del Siglo de Oro, en lugar de a un romántico inglés, me habrían tomado por un Lazarillo descarriado. Pero esa habla shakesperiana, que por desgracia ya casi he olvidado, hizo pensar a los orentenses de aquellos días de Guerra Fría que era un espía gibraltareño o un residuo proveniente de experimentos militares en Rota. Extrañas formas de pensar hay en este pueblo de bárbaros. Jamás se pudo descifrar el enigma de mi origen así que nadie me puede contradecir cuando declaro que soy un alien indocumentado de aire romántico. ¿Hay vida después de la muerte? ¿Hay vida en otros planetas? ¿Hay vida inteligente en Orentes? ¿Es Keats un poeta que habita mi alma?

*Si las puertas de la percepción fueran limpiadas,  
todo aparecería ante el hombre tal como es: infinito.*

WILLIAM BLAKE

Mis aficiones literarias me han granjeado problemas muy serios. Cuando era un preadolescente estuve perdidamente enamorado de la poesía romántica. Incluso firmaba mis trabajos escolares y exámenes como «*Herido Bécquer*» hasta que me advirtió Eustaquio, el profesor de Lengua, que si seguía con aquella actitud iría a parar al Parnaso equivocado. Se refería al infierno, a la expulsión o a no sé qué idiotez de ser expedientado. Como si eso significase recibir el estigma social, la expulsión del Paraíso. Hasta tal punto llegó mi obsesión por la literatura romántica que no hacía, paradójicamente, caso alguno a las chicas del colegio. La lírica me absorbía. Coleridge y su balada del marinero me transportaban a lugares remotos de mi mente. El poema del tigre que escribió Blake me inspiraba admiración y pavor. ¿Qué significaba aquello de hablar de Dios a través de la bella simetría de una bestia? Mi odioso maestro Eustaquio Colomar, vaticinaba que si continuaba leyendo a Shelley y a Byron acabaría descubriendo en mi interior tantos mundos exóticos que dejaría de apreciar las bellezas naturales de la «realidad externa». Creí que me intentaba disuadir de emprender caminos originales por las sendas de la literatura. Entonces era muy joven y no lo entendí muy bien. Ahora, ya es demasiado tarde para rectificar mi actitud. En el fondo creo que sentía cariño por mí.

*Cualquier destino, por largo y complicado que sea, consta  
en realidad de un solo momento: el momento en que  
el hombre sabe para siempre quién es.*

BORGES

Afortunadamente, cuando comencé el instituto descubrí a Borges (y a Kafka, que es su reverso existencial) y pude, al fin, deshacerme de la carga poética de los ingleses del hermoso y estrambótico siglo XIX. Borges me dio la pista para comprender que mi vida no era de este mundo. Su relato *El otro* en el que el propio autor se enfrenta a la presencia de sí mismo supuso para mí la prueba inflexible de que nuestra personalidad es fragmentaria, y que, si bien somos una sola persona, nuestra forma de entender la vida y de vivirla puede ser fruto de varias experiencias solapadas en un mismo cerebro. Resumiendo: comprendí que yo podría ser varias personas a la vez. Y una de ellas no es terrestre como llegué a concluir tras varios años de razonamiento lógico. Descartes por el mismo método descubrió que existía. Yo, que existo en varias formas paralelas. O eso es lo que creo. Otros han concluido que su alma ha migrado y ha habitado diferentes cuerpos. Si eso es cierto, ¿quién niega que en una vida anterior yo fuese un habitante de una lejana estrella?

La lectura atenta de Borges y el asunto del doble me llevó a escribir un relato que titulé *Las dos vidas de Carlos Liaño*. El héroe se iba a llamar Roberto pero descubrí que Roberto Liaño era un vecino de Orentes y me vi forzado a

cambiar el nombre del protagonista y el título del cuento para evitar dudosas comparaciones. Además se parecía demasiado a Roberto Bolaño, otro autor de cuya influencia no consigo deshacerme por completo. En este relato de Liaño, dos personas compartían la misma existencia, el mismo cuerpo. Dos conciencias que coexistían y que, alternativamente, disfrutaban de un solo espacio físico. Cuando uno dormía, en el sueño despertaba y emergía con la personalidad del otro. Una personalidad distinta y lejana en el espacio y el tiempo. Como una especie de Doctor Jekyll cuyo alter ego, el señor Hyde, sólo se manifestase de forma sistemática cada anochecer en un remoto lugar. Al cabo de unos meses, o años, descubrí que ese cuento ya lo había escrito H.G. Wells con mejores resultados. Juro que no lo plagué. Por supuesto, en su caso incluía algún elemento más fantástico que otorgaba al relato una atmósfera más oscura y nerviosa que al mío. Esa extraña coincidencia me hizo pensar que si no sería que el propio Wells y yo habíamos, como mis personajes (y los suyos), compartido algún lugar común en el continuo espacio-tiempo y la idea se había deslizado en ambas direcciones. ¿Y si yo fuese Wells? Siempre me ha atraído la idiosincrasia de la Bretaña decimonónica. Su literatura y su capacidad expansiva a lo largo y ancho del globo. No, no soy H.G. Wells pero me hubiera gustado serlo. Dos escritores de distintas épocas viviendo en una sola cabeza. La idea de una mente común que abarca dos vidas no es mía. ¿Quién puede ignorar la historia de la mariposa y El gran maestro taoísta Chuang Tzu, que soñó que era una mariposa que revoloteaba por todas partes? En el sueño no tenía conciencia de su individualidad como persona. Era sólo una mariposa. De repente despertó, y se



encontró tendido allí siendo una persona de nuevo. Pero al instante se preguntó, «¿Hace poco era un hombre que soñó que era una mariposa, o ahora soy una mariposa que sueña que es un hombre?» Un cerebro común, único. Dos en uno. Idea inaudita y empresa imposible que, sin embargo, Internet ha logrado sin proponérselo llevar a cabo. ¿Será Internet el futuro cerebro global que sobrevivirá a todas las mentes humanas del mundo? Si yo quisiera evitar un ataque de inteligentes seres artificiales, como ocurre en *Matrix* o *Terminator*, por supuesto, lo primero que haría sería deshacerme de la Red. Pero muchos ignoran que el concepto de red global ya lo definió el pueblo africano Anzó que creía que todas las personas estamos entrelazadas por vínculos invisibles. Una red de redes. Una maraña de pensamientos, creencias e imágenes que entrelazan nuestras almas.

No sé yo si se deberá a las ventajas de la globalización pero creo que el ser humano como individuo único e insustituible se está convirtiendo en un concepto caduco. Hemos pasado de la dualidad Jekyll-Hyde a la multiplicidad cibernética. Y de ahí a la nada.

*Toda su historia, sus migraciones, sus imperios,  
sus filosofías, sus orgullosas ciencias, sus revoluciones sociales,  
su necesidad cada vez mayor de una vida en comunidad,  
eran sólo una chispa en un día de las estrellas.*

OLAF STAPLEDON

Cuando llegó septiembre decidí hacer un descanso en mi Discurso de bienvenida. El cual titularía «Bienvenidos hermanos del Cosmos». Una breve cita de *El hacedor de estrellas* de Stapledon cerrará el discurso. Ese pasaje tan poco frecuentado en el que se hace una reflexión sobre los pueblos que son visitados por criaturas extrañas de otros mundos. Y en el que se pone de manifiesto la falta de empatía de aquellos pueblos o planetas que no son capaces de comprender que igualmente extraños son los visitantes como los visitados a los ojos de aquellos. A Stapledon lo conocí a través de Borges, el cual prologa su famoso libro. Siempre considerado de ciencia ficción pero hoy día de «Historia críptica y errónea de la galaxia», según Saturnino, el escritor número 2 del Casino. Saturnino, que es un visionario sin escrúpulos, intentó publicar en el periódico local un ensayo sobre la ficción steam-punk y la llegada del platillo volante a Orentes pero no le dio el visto bueno el alcalde. «Mucha palabra pero poca molla», le recriminó por no haber incluido citas bibliográficas pertinentes ni justificaciones sociológicas que avalasen sus teorías. Mi madre opinaba lo mismo y añadió que había más imaginación en *Justine* de Sade que en toda la obra de

Saturnino. No le falta razón a mi madre, ferviente admiradora del marqués, de la condesa de Bath y del mismísimo necrófilo Gilles de Rais. Aunque sus inclinaciones sadomasoquistas son evidentes y excesivas y nunca las tenemos en cuenta. Sobre todo papá cuando mamá le obliga a disfrazarse de fraile incauto para escenificar pasajes de *El monje* de Lewis en sus sesiones quincenales de sexo teatralizado. Papá cree que estas manías son fruto de una mala interpretación de la Semana Santa; sus vecinos, que son unos blasfemos ruidosos, y yo que el amor y la locura transitan por los mismos lodazales.

*Todos somos extranjeros cuando comenzamos  
a conocer los rincones de nuestra alma.*

ROBERTO LYNCH

Yo, continuando con las pesquisas para aclarar mi sospechoso origen extraterrestre y, al mismo tiempo, perfilar mi Discurso he comprado varios libros y visito la biblioteca municipal a diario. Mis amigos, ya lo comenté, no me dan de lado por razones xenófobas. No piensan que sea un extranjero de la galaxia ni de la vida. Incluso, algunos ignoran o desmiente el dato biográfico de mi encuentro, cual Moisés, con mamá en el río. Ellos, según afirman, aman a los recién llegados. O eso dicen. La razón que esgrimen para no hacerme el más mínimo caso es que soy una personas asocial y carente de empatía. No les falta razón. Como se puede ver, tampoco suelo llevar la contraria a nadie. Eso, que en principio es sano y causa buena impresión acaba, no sé por qué, con la paciencia de las personas que me rodean. Sí, el ser humano necesita enfrentamiento, violencia, tensión. Pero mi tensión, mi pulso vital es interno. Y si no están de acuerdo, puede que también ustedes tengan razón. La prueba está en que a lo largo de la historia siempre nos hemos inventado guerras y motivos para estar enfadados. Y como yo soy de índole pacifista suelo renegar en público de mi raza y de mi pueblo. Y por eso me declaro un extraterrestre recalcitrante. Los budistas ya no están tan bien vistos y tengo unos rizos preciosos como para raparme la cabeza y comprarme una túnica color burdeos.

Ciudadanos del Cosmos: si el nacionalismo es una falta de miras, a otra escala mayor, a niveles galácticos, igual sucede con el hecho de considerarse terrícola.

*Un muslo tibio: así —entreabierto—  
que se sienta pasar (...)*  
ÁLVARO CUNQUEIRO

Como decía, he comprado varios libros sobre protocolo y ufología. *El manual del buen anfitrión* es el más divertido y casi lo he leído de un tirón. Su lectura me ha transportado a la pompa de la corte de Luis XVI y a aquellos jardines de Versalles en los que los escotes voluptuosos y el buen gusto eran lugares comunes. Sobre ovnis me ha parecido bastante interesante una pequeña obra firmada por don J.J. Benítez titulada *100000 Kilómetros tras los ovnis*, en la que se realiza un pormenorizado seguimiento en busca de la prueba infalible de que existen los extraterrestres. Una peregrinación casi religiosa en pos del advenimiento del Mesías lunar. Pero sin pastores, ni oro, ni mirra. Sino con cámaras, imaginación y magnetófonos. Ninguna de las ciencias (ufología o protocolo) me atrae por separado. Sin embargo espero hallar en su aleación alquímico-literaria la clave que le dé el tono adecuado a mi Discurso. Comenzará de este modo: «*Hermanos estelares, de cuya galaxia somos también nosotros. Hermanos, amigos, Bienvenidos a vuestra propia casa. Gracias por el acercamiento, por inundar con la luz de la sabiduría y la vida nuestra humilde tierra de agua azul...*» Suena grandilocuente, lo sé. Pero me gusta.

No tengo muy claro si añadir algún verso del magnífico Cunqueiro. Esas líneas que dicen: